

ORIENTE-OCCIDENTE, OCCIDENTE-ORIENTE

Dzongsar Khyentse Rinpoché

Una amiga mía de Nueva York me envió recientemente un artículo vía correo electrónico intitulado “¿El budismo tibetano funciona en occidente?” Aunque mi reacción inmediata fue un tanto defensiva, tuve que admitir que

la autora sostiene ciertos argumentos que considero pertinentes. Puede parecer fútil que agregue otro punto de vista a este debate aparentemente infinito, pero mucho antes de que la civilización moderna celebre la libertad de expresión, el Buda hizo hincapié en lo importante que es utilizar la razón, y de



igual manera enfatizó la necesidad de examinar el camino en vez de recorrerlo a ciegas.

No obstante, uno no puede dejar de advertir que incluso en esta dicha “era moderna”, la fe ciega no solo sigue viva, sino que ha ganado mucho terreno, a tal grado de que la gente es capaz de entregar su vida a algún sacerdote que les hubiese garantizado el acceso al paraíso. No solo es importante para nosotros ejercitar esta libertad de examinar el camino y su autoridad, sino que debemos también prestar atención al bagaje cultural que lo acompaña. ¿Hasta que punto hemos de adoptar como nuestra a esa cultura? ¿Ser occidental significa que uno carece de atributos para ser budista? ¿O acaso son los “gurus” los que han de comprometer sus enseñanzas para encajar en occidente?

Durante años, los lamas tibetanos se han ganado el corazón y las mentes de muchos en occidente, principalmente debido a que representan a la sofisticada sabiduría del Buda, pero también porque muchos de ellos son de aspecto gentil y fácil de entretener. El hecho de que sean una especie en extinción también ayuda, y siempre hay un puñado de maestros auténticos que en todo momento se les puede presumir en el aparador. Pero el enamoramiento inicial está llegando a su fin. Además, algunos occidentales están empezando a percatarse de que existe una gran diferencia entre el budismo y la cultura tibetana.

Mientras las actitudes sociales cambian con la ayuda de los medios modernos, el cuidadoso escrutinio de las figuras públicas y el escepticismo hacia los llamados caminos espirituales se han intensificado. Por primera vez, los tibetanos en general, y los lamas en particular, se han visto obligados a probar el sabor agrisado de una sociedad libre. Para algunos, la comprensión de que la popularidad y el éxito tienen su precio se está convirtiendo en algo doloroso. Asimismo, los tibetanos están aceptando con cierta reticencia que sus tentativas de imponer lo que consideran como una forma superior de vivir, no están funcionando. No obstante, así como muchos en oriente, los tibetanos se aferran todavía a la idea de que su cultura es la quintaesencia de todo, incluyendo algunos aspectos de los cuales les podría ser benéfico deshacerse. Por si fuera poco, algunos han insistido en que sus seguidores occidentales adopten el paquete cultural completo que viene de la mano con el budismo. Es esta mezcla entre cultura tibetana y de budismo lo que a muchos les cuesta trabajo digerir.

Incluso enseñanzas budistas básicas como el refugio están siendo interpretadas de manera teísta a causa de explicaciones inadecuadas. Cuando cantamos oraciones como “Tomo refugio en el Buda”, apenas mencionamos – y por lo tanto ignoramos – su

significado esencial, es decir, saber que nuestra naturaleza última es Buda. Debido a esto, poco nos sorprende que la autora del artículo se refiera a los maestros y a la sangha como siendo sus “captoreadores” en vez de ser sus “liberadores”. Puesto que el papel de los lamas es el de traer el dharma al occidente, su responsabilidad en cuanto a la difusión de las enseñanzas es mayor que la de estudiantes occidentales, quienes expresan interés por ellas pero para quienes éstas no son familiares. Sin embargo, en vez de hacer que las enseñanzas sean accesibles, los tibetanos han creado una división gigantesca con los occidentales a través de una combinación de su complejo de superioridad, su fundamental falta de “respeto” hacia los occidentales y un interés inadecuado en relación al pensamiento occidental. La clásica analogía budista del paciente, el doctor y el tratamiento plantea que los doctores deben recetar curas apropiadas para diferentes pacientes con diversos problemas. No obstante, si los lamas tibetanos ridiculizan la cultura y los hábitos de sus estudiantes occidentales, calificándolos de “una completa pérdida de tiempo”, ¿cómo siquiera podría tener efecto dicha cura? ¿Acaso realmente sostienen que los occidentales han de recibir las mismas enseñanzas que los analfabetos nómadas tibetanos? Esta falta de respeto de los tibetanos hacia los occidentales no es reciente. Desde hace tiempo ya, asumen el presupuesto de que los occidentales son bárbaros. Incluso antes de 1959, a muchos viajeros que iban al Tíbet se les negaba la entrada simplemente por ser extranjeros. Se podría aún decir que los tibetanos mismos, son los principales culpables de la pérdida de su país a causa de su extrema xenofobia y del desdén y rechazo hacia todo lo extranjero, considerado en sí profano. A pesar de esto, muchos occidentales han sido seducidos por la hospitalidad tibetana, por la cortesía y la simpatía, sin saber que éstas nacen de una obligación social más que de la sinceridad. Detrás de la mayoría de esas caras sonrientes, subyace todavía la realidad de que eres occidental. Las pocas sonrisas que son sinceras bien pueden basarse en la idea de tu capacidad como potencial

patrocinador, o más recientemente, como medio para obtener una visa de trabajo tal como la “green card”.

Otro argumento del autor, que no podemos descartar, es que “las quejas de los lamas son tan típicas que hasta provocan bostezos”. A parte de ver la búsqueda del dharma en occidente como algo “superficial e inconstante”, los tibetanos la consideran meramente como una manera de probar el terreno, olvidando que esta actitud analítica fue alentada por el mismo Buda. Mientras más examina uno al budismo, más irá uno descubriendo su grandeza.

También me parece irónico el hecho de que los tibetanos califiquen a los occidentales de “materialistas”, ya que la búsqueda material se ha convertido en una de las mayores prioridades de los tibetanos en general, y de ciertos lamas en lo particular. Los grandes campos de refugiados tibetanos compiten por todo, desde quién tiene los mayores monasterios hasta las marcas más prestigiadas de coches. Si algunos de los lamas importantes llegasen a vender tan solo sus porta- tazas de oro y plata, cientos de etíopes muertos de hambre podrían ser alimentados durante días.

Es cierto que los tibetanos piensan que los occidentales van por ahí “comprando dharma”, y que no consiguen mantener secretas las enseñanzas tántricas, pero la verdad es que ellos son los culpables si los “mismos lamas han convertido el dharma en un espectáculo ambulante”, incluyendo actuaciones como la construcción de mandalas de arena y las danzas de lamas.

Sería mejor si pudiésemos descubrir todos estos defectos de los tibetanos antes que nada. Porque de no ser así, podríamos desilusionarnos y eso puede ser una causa para abandonar el dharma. Sin embargo, no es fácil detectar estos defectos. Acostumbrados a generaciones con experiencia en hipocresía, los lamas se han vuelto sutiles y

sofisticados. Un ejemplo es como muchos occidentales creen y caen en el juego de la humildad de los lamas, sin ver que tras bambalinas se pelean por el trono más alto. Ha llegado a tal nivel que algunos lamas están dispuestos a sentarse a la misma altura, o incluso más alto, que sus propios maestros. Esta maniobra se vuelve particularmente dramática cuando la ocasión involucra a una gran multitud, y aún más si entre los presentes se encuentra algún patrocinador potencial, particularmente los que vienen de Taiwán, que suelen juzgar el valor de un lama meramente por su rango o por la cantidad de letras “S” que preceden a su nombre.

La imagen de Gautama con el cuenco de mendigo y los pies descalzos caminando humildemente por las calles de Maghada parece haberse convertido únicamente en un mito. La influencia y el dominio de los lamas en Tíbet no solamente ha “debilitado” muchos aspectos seculares de la vida tibetana, como el arte, la música y la literatura, hacia los cuales los lamas muestran poco interés, y en algunos casos han degradado incluso al dharma mismo. Si no fuese por la visión fundamentalmente no teísta del budismo, las reglas o principios de los lamas más conservadores podrían ser tan tiranos como los Talibanes.

A pesar de su énfasis en la actitud ecuménica, muchos lamas fomentan el sectarismo al proteger posesivamente a sus discípulos tibetanos y desalentarlos de estudiar enseñanzas de otras tradiciones. Por supuesto, tienen una excusa conveniente: sus estudiantes estarán muy confundidos si hacen esto. Por tanto, muchos estudiantes tibetanos de una escuela no tienen ni la más remota idea sobre otras tradiciones; lo cual tampoco impide que las critiquen. Por si fuera poco el hacer esto con los tibetanos, los lamas también han entrenado a los occidentales en este juego sectario y han tenido un éxito sorprendente. También han protegido celosamente sus centros de dharma en occidente, aunque muchos son meros vehículos para generar apoyo financiero a los

lamas y a sus monasterios. Apoyar a los occidentales que están siguiendo el dharma genuinamente, o facilitar sus estudios, no es su principal interés.

¿Entonces, el Budismo Tibetano “funcionará” algún día en el occidente “bárbaro”? Claro que lo hará. El hecho de que el budismo hubiese podido ser importado y hubiese florecido en el entonces – bárbaro Tíbet, prueba que a pesar de los muchos quebrantamientos de sus personalidades y su cultura ajena, el budismo puede y todavía funciona para todo tipo de nacionalidades, géneros y orígenes culturales. Desechar el budismo, en la manera que el autor parece haberlo hecho, meramente por el mal comportamiento de unos pocos tibetanos o de su aparente “forma de vida compleja y colorida” no parece sabio.

Es importante recordar que fueron necesarias muchas décadas y generaciones de valentía y devoción para establecer firmemente el budismo en el Tíbet. ¿Por qué habríamos de tener la expectativa de que fuese diferente el occidente?

Además, medir el valor del dharma desde una perspectiva materialista, o juzgarlo a través de la arrogancia de una visión pseudos-objetiva, es algo peligroso. Puede parecer evidente que los aviones vuelen y que los barcos no se hundan, pero ¿quién es uno para decir si una persona está iluminada o no? De igual manera, debemos de ser cuidadosos al comparar estructuras sociales. El comentario de la autora referente a que “la administración social de los EU es por supuesto superior al sistema del rey Trisong Detsen”, es un juicio erróneo. Durante su reinado, los EU habrían aún de masacrar a miles de americanos nativos, dejando de lado la idea de “administración social”. Por el contrario, el soberano Trison tuvo la visión de reconocer el valor social del budismo. Lo llevó de la India al Tíbet, cuando la India era un país que tenía muy poco en común con el Tíbet, y a pesar de incontables dificultades por afrontar tales como la hostilidad de la

apreciada y sacrificadora religión Bon. De no ser gracias a su iniciativa, el Tíbet podría haber adoptado el estilo sangriento de las tribus locales o la civilización del Confucianismo adulador, por así decirle, de la vecina China.

Además, al afirmar que el occidente cuenta con una “muy buena comprensión de lo que significa ser un bodhisattva” y compararlo con conceptos como “humanismo” o “activismo social”, la autora se equivoca por completo al no captar la idea correctamente. La aspiración de un bodhisattva trasciende lo que sería una mera simpatía hacia los seres “indigentes” o “en situaciones desesperadas”. Este tipo de compasión lo convierte a uno en alguien co-dependiente, inseguro e incluso egoísta porque uno termina definiéndose como la persona que ha sido de ayuda. Contrariamente, los bodhisattvas no sienten apego por sus actos de ayuda ni por el resultado de éstos. Su único objetivo es el de liberar a los seres de las trampas de la vida así como del mito de la libertad.

Entonces quizás uno se pregunta ¿Cómo ha de comportarse un bodhisattva? ¿De manera gentil? ¿Serena? ¿Humilde? ¿Como un asceta? Puede que sea fácil condenar los actos materialistas de los lamas pero, lo crean o no, es aún más fácil caer en las garras de su aparentemente genuina simplicidad. Tal hipocresía es una máscara universal. No puedo dejar de sentirme terriblemente hipócrita a veces, puesto que me puedo imaginar ser la clase de lama como el que ha desilusionado a la autora. A pesar de haber escrito esto, sé que no renunciaré a ninguna de mis ventajas; ya sean tronos elevados, zapatos de marca, ni siquiera 49 coches Rolls Royce que alguien pudiera regalarme.

Puede parecer un sacrilegio y una inmoralidad que los supuestos lamas renunciantes vivan lujosamente y gocen de incontables privilegios. Tampoco se ve bien que un lama supuestamente compasivo y dotado de medios hábiles se manifieste como un tirano

conservador con mente cerrada. No obstante, tenemos que ser conscientes de que las apariencias de una vida sencilla pueden ser engañosas. Puede sonar irónico que así como a uno le pueda parecer difícil abandonar bienes mundanos, a otros les puede preocupar de sobremanera perder la imagen cuidadosamente concebida de ser un tipo sencillo, renunciante y al que no le importen las burlas de su loca sabiduría. ¿Acaso no es ridículo y doloroso renunciar a los placeres mundanos para guardar una imagen de humildad y simplicidad? No solamente uno no avanza en el camino espiritual, sino que debido a esto uno se priva de gozar de las cosas mundanas. En base a esto, uno no debería juzgar a los lamas o practicantes que son mundanos en apariencia, si al tratarse del beneficio de los seres, muestran poco o ningún egoísmo. Deberíamos de venerar y de imitar su absoluta indiferencia hacia las opiniones ajenas, tales como elogiar su simplicidad o escandalizarse por su aspecto mundano, y su falta de preocupación por conseguir discípulos al ser humildes, o al perderlos por causa de sus faltas. Al menos deberíamos de admirarlos por no ser hipócritas.



Contrariamente a ellos, siento que estoy lejos de vencer esta hipocresía o falsa humildad y de obtener una indiferencia genuina. Para mí, la renuncia, la humildad y el no ser mundano son todavía los principios fundamentales de mi camino, pero no porque haya comprendido la futilidad de la vida mundana. Solo porque soy un “lama tibetano budista” y esto es lo mayoritariamente es concebido como lo correcto para un lama. Y lo que la gente piensa parece seguir importándome. Sin embargo, no importa cuantas veces juzguemos, siempre será en vano. No me refiero a que juzgar sea moral o

políticamente incorrecto, sino que simplemente la subjetividad se encuentra en el meollo de todo juicio.

- *D.J. Khyentse*